

Recuerdo de César Pacheco Vélez

Jorge ANDUJAR

La primera impresión que se tenía al conocerlo era la cálida imagen de su afabilidad y sencillez. César Pacheco Vélez poseía esa calidad humana que suele llamarse "don de gentes". Con su devota entrega de maestro universitario, gozaba con las opiniones de sus alumnos y, a menudo, sabía tolerar errados juicios sobre temas de historia y literatura que él, como pocos, manejaba con exquisita erudición.

Era Pacheco Vélez un hombre de ideas claras en asuntos históricos, sociales y culturales. Por ello, su obra se presenta como la de un Cicerone presto a guiar en medio de la penumbra de un ambiente intelectual incipiente.

En su acogedora casa de Surco presidía eventuales tertulias intelectuales con la juventud. Acaso estas reuniones pretendían ser una proyección lejana de aquellas citas, a comienzos del siglo, de los redactores y amigos del "Mercurio Peruano" que partiendo de un verso de Rubén Darío se autodenominaban "La protervia". Los "protervos" de aquel entonces, se concentraban en torno a la figura

de su maestro don Víctor Andrés Belaunde.

Estudió con rigurosidad de fuentes, severidad de análisis y vuelo creador -y seguramente animado por una querencia personalísima- a la Generación del 900. Aquel conjunto de egregias figuras peruanas en el que destacan don José de la Riva-Agüero, Francisco y Ventura García-Calderón, José Galvez, Julio C. Tello, y el propio Víctor Andrés Belaunde, fueron auscultados bajo su serena mirada. Sus muchos y muy buenos ensayos sobre esta generación se reunieron post mortem en un interesante libro "Ensayos de Simpatía. Sobre ideas y generaciones en el Perú del siglo XX" (Universidad del Pacífico, 1994).

Este recto varón que se llamó Pacheco Vélez sostuvo un permanente y fidelísimo enamoramiento con la Lima tradicional. El Puente, el Río y la Alameda -como diría Porras Barrenechea- se convirtieron en su adorada Dulcinea, pues la defendió con la grandeza y desproporción de fuerzas de un quijote, pero ante enemigos reales y ordinarios que no enfrentó el hidalgo manchego.

En la antología de los gallardos defensores

de una ciudad perdida, otrora con perfume de fruta y mujer como apunta Gregorio Marañón sobre Lima, debe recordarse, en primera fila, a don César Pacheco Vélez.

En su lucha contra el tiempo destructor y el desdén de los que se ensañan contra los monumentos históricos, Pacheco Vélez escribía, rescataba y presentaba propuestas concretas de salvación. Su amor no era, pues, meramente contemplativo, ni pasadista. Conocía demasiado bien el mensaje bíblico "por sus frutos los conoceréis". Algunos de sus importantes estudios sobre aspectos de Lima antigua, así como su proyecto de recuperación de un centro histórico eficiente y funcional, con planos cartográficos incluidos, se recogen en su obra "Memoria y Utopía de la Vieja Lima" (1985).

Su labor cultural fue vasta. Allá por el año 1983 se encontraba dirigiendo la restauración de lienzos de la pintura colonial, bajo el auspicio del Banco de Crédito. En el taller, sede de la Tercera Orden Franciscana, podía contemplar, bajo su amena e ilustrada conversación, la sigilosa labor de recuperación no de



un simple trozo de tela, sino de un espíritu y valor inmerso en ella. De aquel esfuerzo se conserva el hermoso cuadro manierista del jesuita Bernardo Bitti "La Virgen con el niño", que data del siglo XVI.

A su impulso y tesón, al que se aunaron a primera hora eminentes intelectuales como don Aurelio Miró Quesada, Lima pudo contemplar, en 1985, en los amplios salones de la casa de

Martín de Osambela, la famosa exposición pictórica "El siglo de oro de la pintura Sevillana". La exhibición de las obras de Juan de Valdés Leal, Bartolomé Murillo y por supuesto Francisco de Zurbarán, marcó un hito en la cultura nacional. A Zurbarán -quien según Pacheco representa el esplendor barroco andaluz-, le dedicó eruditos ensayos y algunos artículos publicados en "El Comercio".

Durante su estadía en España edita una antología de César Vallejo y profundiza el estudio del pensamiento filosófico de Ortega y Gasset. Don César Pacheco Vélez era, pues, un cultor de las letras; un humanista en sentido integral, con el Perú como centro de atención principal. De allí que pueda calificársele como peruanista.

En estos días que se evoca su sensible partida al infinito, ocurrida un triste día de mayo de 1989, hace ya seis años, se recuerda a don Pacheco Vélez como un alma bondadosa, de honda emoción estética y social y como destacado ensayista e historiador que gustaba volcar su magisterio de peruanidad a las jóvenes generaciones.